

Buenos Aires, desde la pequeña aldea a la ciudad

Madelaine Zacharias

1. Primeros tiempos

Hubo una aldehuela primitiva –asentamiento portuario de ubicación tan opinable que los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo acerca de ella y, también, de muy difusos contornos: Faltaríamos a la verdad si tratásemos de referirnos a los primeros días de Buenos Aires describiéndola minuciosamente y con lujo de detalles. Las crónicas de aquellos tiempos no son muchas e influye en ellas más la leyenda que la realidad.

Se nos hace cuesta arriba imaginarnos el improvisado caserío a orillas del río, en una inmensidad hoy inimaginable. La pampa, extendida, y por única y no precisamente placentera vecindad, los indios y el hambre. Pero en función de sus barrios, Buenos Aires nació como es debido el 11 de junio de 1580 y fue hija de la tozuda voluntad del vizcaíno nacido en Burgos, Juan de Garay.

Buenos Aires vio la luz y quedó asentada su existencia en los documentos de estilo, como «caserío minúsculo apiñado en torno de la Plaza Mayor». A pesar de esos inconvenientes, esa pequeña aldea fue creciendo poco a poco, y podríamos denominarla desde sus orígenes como una población intimista. Su ubicación en el Nuevo Mundo contribuyó a que así fuese.

Como era habitual, las ciudades españolas en América se proyectaban y regían por las leyes de Indias; éstas exigían que sus calles se cortaran en ángulo recto y que sobre la Plaza Mayor se levantaran los principales edificios de poder. Así fue que Buenos Aires creció alrededor de su plaza principal, al principio de ambos lados, y más adelante y con mayor intensidad, hacia el Sur, asfixiada por el ejido que la estrechaba ahí nomás, a tiro de cañón de los minúsculos barcos que anclaban en la desembocadura del Riachuelo.

Apuntan los estudiosos que la documentación aún existente hace mención, allá por 1729, de tres arrabales que ya se habían sumado a la traza original diseñada por Garay: el Alto de San Pedro (hacia Catedral

al Sur), el barrio de San Juan (los alrededores del templo del mismo nombre, por esa época curato de indios, en Alsina y Piedras), y el barrio Recio (el entorno de lo que mucho más adelante pasó a ser el Mercado del Plata). Puede que no conste, pero también es posible que a fuerza de lógica pura ya existiesen otros dos barrios céntricos, que habrían de perdurar hasta fines del siglo XIX: Catedral al Norte y Catedral al Sur; y en plena zona de quintas, por los confines remotos del área urbanizada, el Retiro.

Hacia el siglo XVIII, Buenos Aires ya había crecido lo suficiente como para ser un caserío con futuro. Fue extendiéndose al Sur, alejándose de la Plaza Mayor, teniendo alrededor sus primeras construcciones. La población que creció junto a la ciudad requirió una consideración más rigurosa. El desarrollo edilicio en el nuevo siglo (1784), gracias al funcionamiento de varios hornos de ladrillos y tejas, y a una mano de obra más especializada, brindó edificios de mayor magnitud. Muchos vecinos destinaron parte de sus viviendas al comercio.

Aún se conservan planos originales (fueron exigidos a quienes querían construir) que muestran inmuebles constituidos por una serie de locales comunicados con una segunda habitación o trastienda. Recordemos que no existían las ochavas o chaflanes, por lo cual la solución que se adoptó fue que los locales ubicados en las esquinas tenían un acceso o puerta doble, una en cada pared. Esto facilitaba el acceso a los negocios y permitía una mejor exhibición de la mercadería.

En 1803 se levantó en medio de la Plaza Mayor, en el eje (actual calle Defensa), un edificio de dos cuerpos con arquería, unidos mediante un pórtico construido más tarde, y que sería llamado posteriormente *la Recova Vieja*. En ellos se alojaron los vendedores que disfrutaron de un lugar privilegiado para su actividad comercial. A la Recova primitiva se añadió otra construida sobre el lado sur de la Plaza Mayor, a la que se llamó *Recova Nueva*. Estos soportales y el mercado viejo, situado en las calles Perú y Alsina, fueron los principales lugares de abastecimiento en el centro de Buenos Aires. El comercio ambulante fue primordial en la vida doméstica de la ciudad.

Inmigración española

América Latina ha recibido, por lo menos, tres grandes movimientos inmigratorios españoles: el primero ocurrido a fines del siglo XVIII, el segundo a fines del XIX y el tercero a partir del año 1939,

término de la guerra civil en España. Cada una ha dejado su huella; las colectividades extranjeras sumaron sus costumbres a las nuestras y Buenos Aires comenzó a ser todo lo cosmopolita que las circunstancias permitían. Así podemos mencionar las corridas de toros (típicamente españolas) que movilizaban a un gran público, y cada vez que se llevaba a cabo una corrida, la Plaza de Toros del Retiro se transformaba en un espectáculo popular.

Las estadísticas de población de 1895 incluían a 72 extranjeros cada 100 habitantes, de los cuales los primeros comprendían distintas procedencias, pero con un 43% de italianos y un 33% de españoles, y que dejaron su impronta en el arte popular, en la música, en el teatro, en la danza, en la literatura, en la gastronomía, en el comercio, con gran influencia de sus costumbres en la vida diaria.

2. La generación del 80.

La inmigración española, su asentamiento en la Avenida de Mayo

A pesar de los adelantos edilicios iniciados en los años anteriores, hasta la época de su capitalización en 1880, Buenos Aires seguía siendo una gran aldea. Con excepción de los templos y de unos pocos edificios públicos o privados, la arquitectura carecía de muestras destacables, y si bien las viviendas eran espaciosas, aireadas y alegres, las aguas del Río de la Plata llegaban a las proximidades de la actual Casa de Gobierno. No había sido abierta la actual Avenida de Mayo, y la homónima plaza continuaba dividida en dos –como en tiempos de la dominación hispánica– por la Recova Vieja.

El año 1880 es de suma importancia en el estudio de la evolución de la arquitectura en la Argentina, pues comenzó un período de profundas transformaciones en el crecimiento urbano. En la ciudad, comienza en la década del 80 a concentrarse una gran cantidad de europeos inmigrantes, entre ellos los españoles. Ellos eran lógicamente los que menos problemas asimilatorios tuvieron (por obvias razones históricas y étnicas). Muchos españoles eligieron Buenos Aires porque era la ciudad más «europea» de América Latina.

Destacada figura de la reforma arquitectónica que culmina con una profunda transformación edilicia de Buenos Aires fue Torcuato de Alvear, el primer intendente municipal, que desempeñó ese cargo desde 1882 –bajo la administración de Roca– hasta mayo de 1887. Enérgico

y dinámico, fue el iniciador de numerosas obras públicas, a pesar de la resistencia de muchos hombres de la época. Eliminó los «terceros», que eran cursos de aguas servidas y de lluvia, que corrían a través de algunas calles de tierra. Fue el representante de la generación del 80 que pudo hacer realidad visible la eufórica y culta potencialidad de aquellos hombres que tenían real conciencia de la pujanza y posibilidades del país.

Se abre entonces su primera avenida, la Avenida de Mayo, y a sus costados se levantan los edificios a la manera de París, y es así como Alvear propicia otra obra que indicó el impulso progresista de la época. En octubre de 1884, las cámaras legislativas autorizaron la construcción de la Avenida de Mayo con un eje que uniría la Casa de Gobierno con el edificio del Congreso Nacional, desde la Plaza de la Victoria hasta la calle Entre Ríos. Los trabajos provocaron la enconada reacción de figuras prestigiosas de aquella época. Fue tan grande el número de litigios, que se la llamó «la avenida de los pleitos». La nueva avenida que se abrió en 1889 adquirió desde un principio un sentido de urbanización y progreso debido a la uniformidad, altura e importancia de sus edificios.

Algunas veces se ha dicho que Buenos Aires sería otra si sus habitantes y visitantes se dedicaran a observarla con la mirada dirigida hacia arriba. Buenos Aires posee muchos y distintos atractivos. Uno de ellos son las cúpulas de diferentes edificios de la zona de Congreso y Plaza Mayor. Casi todas las cúpulas de Buenos Aires se concentran en la Avenida de Mayo y sus alrededores. Los edificios que allí se construyeron culminaban en estilizadas cúpulas, típicas de principios de 1900. Estilos arábigos y españoles se mezclaron con el *Art Nouveau* de moda en Europa, y que empezaba a invadir Buenos Aires.

3. La inmigración española y su instalación en la Avenida de Mayo

El café, dice Miguel Ángel Scenna, «nos viene por raza y prosapia». La naciente costumbre de reunirse en los cafés encontró en la Avenida de Mayo el lugar propicio para ganar la calle. Incuestionablemente, la costumbre de hacer del «café» un sitio de encuentros para la amistad y las soledades, la hemos heredado de España. Parecería natural entonces que al abrirse la nueva avenida surgieran a lo largo de su trayecto un sinnúmero de cafés «a la española», o mejor dicho, «a la

madrileña», con sus bullicios, sus tertulias, sus juegos de naipes y billares, y su glorioso chocolate con churros.

«Ciudad que en la Avenida de Mayo se hispaniza con teatros infectados de majas y baturros y el olor del glorioso chocolate con churros» dice Manuel Mujica Láinez en su *Canto a Buenos Aires*.

A pesar de las intenciones, podemos afirmar que el espíritu francés no prosperó en esa avenida, por lo menos desde el punto de vista humano, y es bien sabido que en la Avenida de Mayo se impuso todo lo español, con mucho de porteño, tanto en las mesas de «café» como en las peñas y en los teatros de zarzuelas.

La nueva avenida concebida al más puro estilo parisino, se convirtió en un espacio lleno de hispanidad, ya que mientras las obras evocaban los aires de Francia, por las veredas «andaluces y madrileños» iban y venían como en casa propia. Cuplés, tonadillas y canciones de Madrid se canturreaban por las mesas de los bares, confiterías y veredas de la Avenida de Mayo. Tal como lo describiera Jules Huret, era la única en Buenos Aires donde se podía tomar un refresco al aire libre, ya que el sistema de cafés-terrazas era prácticamente desconocido en la ciudad.

Por fuerza aparecen entonces en los espejos de la memoria los nombres de Lola Membrives –cupletista por aquellos tiempos–, Antonia Merced, Consuelo Mayendía, Pastora Imperio y muchas otras que desde el tinglado del varieté deleitaban con sus cuplés y tonadillas, habaneras y canciones de Madrid, mostrando su gracia castiza de majas, como dice Enrique Cadícamo, agregando: todas heroínas de una Madrid galante. Viejos cafés de tradición hispana a los que poetas, escritores, artistas, políticos y exiliados españoles convirtieron a la vez que en refugio de la más nutrida intelectualidad, en fervoroso campo de batalla dialectal de los tristes días de la guerra civil.

Para describir el clima de los cafés de la Avenida de Mayo podemos hablar de *La Castellana*. Por 1910 era punto de reunión de las familias acomodadas de Buenos Aires. Algunos años antes, sobre el último tramo del siglo anterior, había sido escenario de las disputas entre porteños y españoles que seguían paso a paso las luchas por la independencia cubana. Precisamente aquella noche del 10 de mayo de 1895, cuando murió José Martí en la pelea, sudamericanos y españoles sostuvieron en la puerta de *La Castellana* una histórica disputa que terminó con presos y heridos.

Hubo otro café, *Iberia*, en la esquina de Salta y Avenida de Mayo. Era un café con reservados para familias. Es muy posible que este café